
LA EMPERATRIZ LÜ DE LA DINASTÍA HAN. RECONSIDERACIÓN*

KAREN T. GOTTSCHANG

LA HISTORIA Y EL FOLCLOR chinos han tratado a la emperatriz Lü de la dinastía Han —que gobernó China desde el año 206 a. de C. hasta el 25 d. de C.— como una figura malévola; una mujer cuyas egoístas ambiciones hacia su hijo y su propio clan estuvieron a punto de destruir el imperio que su marido había conquistado en el año 206 a. de C. Quizás como mejor se recuerde a la emperatriz Lü sea por la llamativa venganza que tomó en contra de su rival, la concubina Qi. Ssu-ma Ch'ien, historiador de la dinastía, narra el incidente como sigue: "hizo que le mutilaran los pies y las orejas, y (personalmente) le arrancó los ojos, la echó a una letrina y la llamó «hez humana»". Según las historias Han, su hijo, el emperador Hui, tuvo una crisis nerviosa cuando vio a la concubina favorita de su padre mutilada y agonizante en la letrina y declaró que cualquier hijo de una madre tal era inepto para gobernar. La emperatriz Lü fue igualmente cabal, aunque menos espectacular, en los métodos que siguió para eliminar otras amenazas a su poder. Desafortunadamente, pese a ser comprensible, la vida privada más bien sensacionalista de la emperatriz Lü ha opacado el importante papel público que desempeñó en su época. Burton Watson, por ejemplo, un destacado intérprete de la historia Han, le atribuye una comprensión de la política poco común, aunque opina que dirigió esa capacidad a acrecentar sus propios intereses a expensas del Estado.¹ Con demasiada frecuencia se ha cla-

* El uso que hago de los títulos no es preciso de acuerdo con las historias que marcan los cambios de estatus con nuevos títulos, pero, en aras de una mayor claridad, en el texto me he referido a Gaozu por su nombre póstumo.

¹ *Records of the Grand Historian of China*, Columbia U. Press, Nueva York, 1961, pp. 315-316.

sificado bajo un mismo grupo a las mujeres famosas que usurparon el poder mediante intrigas cortesanas y amenazaron el orden político al trazar planes para mantener sus privilegios mal ganados, y así es como se ha vinculado a la emperatriz Lü de Han con la emperatriz Wu de T'ang y con la mujer china más celebre, Cixi de Qing, cuyo dominio de la política de la corte a finales del siglo XIX todavía se cree que fue, en parte, la causa de la incapacidad de la dinastía para enfrentar la intrusión extranjera y el desorden interno.²

Recientemente, se ha reconocido en China el importante papel político de la emperatriz Lü, pero un velo didáctico sigue cubriendo las evaluaciones sobre la estructura de poder en la corte Han del primer periodo. A principios de los años setenta, fue aclamada como la primera mujer legisladora en un intento por justificar históricamente la influencia cada vez mayor de Zhiang Qing, esposa de Mao Zedong. Con la caída de Zhiang Qing y su facción inmediatamente después de la muerte de Mao en 1976, la imagen de la emperatriz Lü quedó de nuevo empañada por la sospecha a medida que volvía a aflorar la inquietud respecto a la destrucción forjada por las mujeres en altos cargos.³

Los historiadores más cercanos a su época, en los que yo me baso para mi análisis, fueron mucho menos ambivalentes respecto a la emperatriz Lü. Sima Qian, quien escribió su historia menos de un siglo después de la muerte de la emperatriz, fue el responsable de preservar las historias sobre su ira criminal, pero expresó también la opinión de que fue una mujer tan competente como inflexible. Hizo un planteamiento todavía más enérgico cuando abarcó el periodo completo de quince años, desde que murió su marido, en 195, hasta la muerte de la emperatriz en 180, dedicándole uno de los anales imperiales al que puso el nombre de Lü aun cuando su hijo, el emperador Hui, sobrevivió siete años a la muerte de su padre. Esta disposi-

² Véanse, por ejemplo las observaciones de Immanuel Hsu en *The Rise of Modern China*, 3a. ed., Nueva York, Oxford U. Press, 1983, pp. 376-380.

³ Véase Barbara Kandel, "New Interpretations of the Han Dynasty", en *Modern China*, vol. 4, no. 1, enero 1978, pp. 97-98.

ción expresa directamente la opinión del historiador de que fue ella quien gobernó y no su hijo y, en otras secciones del *Shiji*, Sima Qian afirma abiertamente en más de una ocasión que “la emperatriz Lü manejaba todos los asuntos de estado”. *La historia de la dinastía Han*, de Ban Gu, fue escrita unos dos siglos después de la muerte de la emperatriz Lü y en general se considera que refleja un fuerte prejuicio confuciano.⁴ Como a Ban Gu le interesaba más esclarecer quién debía haber gobernado en lugar de quién lo hizo de hecho, dividió el periodo de quince años asignando uno de los anales al emperador Hui hasta su muerte a la edad de veintitrés años —se dice que ese fallecimiento fue precipitado en parte por el trastorno que sufrió al ver lo que su madre había hecho a la concubina Qi— y el resto del periodo está incluido en una biografía imperial que lleva el nombre de la emperatriz Lü. Ban Gu relegó las actividades más desagradables de la emperatriz a la sección de memorias de su historia, haciendo así que el testimonio público de la dinastía merezca mayor respeto. Pero lo significativo en el contexto de la historia imperial china es que la emperatriz Lü fue la única mujer a la que se reconoció un carácter tan crucial para la historia de una época que mereció una sección aparte en el registro público de la dinastía. Así pues, a diferencia de intérpretes posteriores, los historiadores Han presentaron a la emperatriz Lü como una figura compleja que perpetró imaginativos actos de violencia en contra de sus enemigos potenciales, pero que también se valió de su considerable agudeza política en beneficio del nuevo Estado.

En este breve ensayo me propongo tres objetivos. Me valdré de la información que contienen las historias Han para propugnar que la emperatriz Lü contribuyó de modo importante a la estabilización de la dinastía en sus primeros años, aminorando la influencia de los guerreros que habían luchado junto a Gaozu para fundar el imperio. En segundo lugar, propondré la opinión de que la emperatriz fue capaz de ejercer un poder

⁴ Para traducciones al inglés de estas fuentes, véanse Watson, *The Grand Historian of China*, y Homer Dubs (trad.), *History of the Former Han Dynasty*, 3 volúmenes, Baltimore, Waverly, 1955.

inusual como mujer gobernante porque vivió en una época de transición, en la que fluctuaban las instituciones y los valores. En el primer periodo Han no había leyes claras de sucesión, ni una edad definida para la mayoría de edad del gobernante —lo cual hace difícil el problema de la regencia— y se manejaba más de un modelo de gobernante ideal. Es cierto que existía un fuerte sentimiento de que el gobernante era responsable ante la comunidad y estaba justificado deponer al que no cumpliera con esa responsabilidad. Pero las nociones acerca del buen soberano cambiaban con las circunstancias y lo que se conocía del pasado era suficientemente rico y contradictorio como para legitimar más de un medio de transferir el poder y más de un estilo de gobierno. La emperatriz Lü no usurpó el poder; ella era la única persona que poseía la combinación de cualidades necesaria para guiar la dinastía a través de una fase crítica y frágil. Pero mi conclusión es que, pese a sus extraordinarios talentos y su encumbrada posición como emperatriz de Gaozu, al final fue únicamente a través de sus hijos y nietos que pudo dar rienda suelta a su autoridad y mantener su posición.

La emperatriz Lü, al igual que su marido, aprendió el arte de gobernar tras una dura experiencia y, ya para la época en que Gaozu murió, había pasado por muchas pruebas. Ambos cimentaron lentamente su base de poder durante las guerras civiles que siguieron a la caída del primer imperio chino, el de Qin, en el año 210 a. de C. Qin había unificado el país en el 221, tras años de guerras a muerte, pero resultó una unión efímera que duró menos de dos décadas, cuando fue desmoronada por una serie de rebeliones. Fue durante esos años cuando fue finalmente eliminada la antigua nobleza de los estados combatientes y quedó allanado el camino para el surgimiento de un gobernante cuya autoridad se basara en méritos propios más que en su origen. El grito de guerra de uno de los dirigentes campesinos anunciaba el advenimiento del nuevo orden: “Reyes y nobles, ¡esos hombres se hacen no nacen!”⁵ Fue mediante una perspicaz comprensión de las causas del descontento popular, una extraña habilidad para seleccionar y utilizar a los

⁵ Watson, vol. I, p. 21.

hombres correctos y un afinado sentido para manipular la opinión popular en beneficio propio como Gaozu ascendió de los niveles más bajos de la burocracia Qin a emperador de China. La emperatriz Lü dio muestras de muchas de estas mismas cualidades y los camaradas de Gaozu admitieron en más de una ocasión que la victoria no fue sólo de él sino que la compartía con la emperatriz Lü.

La información acerca de sus primeros años es muy escasa. Sabemos que su padre era un hombre distinguido que había huido a Pei, ciudad natal de Gaozu, para eludir las consecuencias de una vendetta y que fue en una fiesta celebrada en su honor donde él y Gaozu se conocieron. El viejo Lü quedó tan impresionado por el descaro con que Gaozu pasaba por alto la etiqueta en el acontecimiento y por su "rostro afortunado" que le ofreció a su hija en matrimonio. Ante los reclamos de su esposa, quien le recordó que se la había prometido al magistrado de Pei y le inquiría sobre cómo podía vincular el destino de su hija al de un insignificante jefe de aldea conocido por su afición a la bebida y sus malos modales, el padre de la emperatriz Lü respondió: "Este no es un asunto que las mujeres y los niños puedan entender".⁶ No podemos saber hasta qué punto es exacto el diálogo de Sima Qian, pero sí que la emperatriz Lü se casó con alguien de categoría social inferior y que la preocupación de su madre era válida porque tanto ella como sus hijos sufrieron mientras Gaozu perseguía sus ambiciones. Gaozu fue un padre insensible que manifestó desde el principio una profunda antipatía hacia su hijo, el futuro emperador Hui, al punto que, cuando lo perseguían unos enemigos, trató de arrojarlo del carruaje para acelerar su propia fuga. Cuando ya era emperador, Gaozu fue disuadido de ofrecer a su hija mayor como regalo para apaciguar a un jefe bárbaro sólo después de muchas súplicas de la emperatriz Lü y de que ésta le sugiriera que enviara a otra muchacha en su lugar. Durante

⁶ Véase la biografía de Gaozu en el *Shih-chi*, traducida por Watson, vol. I, pp. 78-79.

Gaozu fue *Tingzhang*, título que se podría traducir por el de "sheriff". Parece ser que el deber más importante que tenía era el de enviar a los convictos a trabajar en el mausoleo del emperador Qin en el monte Li.

las guerras civiles, la emperatriz fue una vez encarcelada en lugar de su marido y, en cierto momento, ella y sus hijos fueron secuestrados por el enemigo de Gaozu, Xiang Yu. Los camaradas y consejeros de Gaozu temían y respetaban a la emperatriz y, cuando el emperador quiso deponer a su hijo como heredero legítimo, en favor del hijo de la concubina Qi, uno de ellos, confuciano oportunista, alegó que como había sido la emperatriz Lü quien había soportado la adversidad con el emperador y había “comido la insípida vianda de la pobreza, sería un error desdeñar sus derechos y los de su hijo”.⁷

A través de los relatos de las guerras, sabemos que la emperatriz Lü y el fiel y competente Primer Ministro de Gaozu, Xiao He, fueron los que condujeron los asuntos civiles del emperador, quien pasó casi sus siete años de imperio en campañas militares a medida que, uno tras otro, sus camaradas se iban rebelando. Gaozu había sido elevado a la dignidad de emperador por sus hombres para que les garantizara sus títulos y tierras y porque había sido generoso con su botín, pero fue Xiao He quien planificó y supervisó la construcción de una ciudad capital, proporcionó las tropas y revisó los códigos de leyes. En verdad, aquellos años fueron tan abiertos que había cierta confusión respecto a si el gobernante era en realidad Gaozu o su popular Primer Ministro. Y en muchas oportunidades encontramos que Xiao He trabajó en estrecha colaboración con la emperatriz Lü, por ejemplo, cuando tramaron un plan para capturar a Han Xin, el más dotado y poderoso de los generales de Gaozu, quien estaba a punto de apoderarse del imperio. El propio Han Xin no dejó lugar a dudas acerca de quién había maquinado el complot en su contra cuando, después de ser forzado a presentarse a la corte, exclamó, “¡He caído en la trampa que me tendieron esa zorra y su lacayo!”⁸ El propio Gaozu reconoció la importancia de la emperatriz para la dinastía Liu y, en su lecho de muerte, discutió con ella acerca de quién debía ser primer ministro después de la muerte de Xiao He. Lo que trato de destacar es que, por necesidad, desde el inicio

⁷ Esta observación fue hecha por Shung-sun T'ung. Véase Watson, vol. I, p. 297.

⁸ Véase la biografía de Han Hsin, Watson, vol. I, p. 231.

de la dinastía Han las funciones de gobierno se habían dividido, que la emperatriz Lü había tomado activamente decisiones mucho antes de que muriera el emperador y que su visión trascendió a veces su sobrevivencia personal.

Pero es arriesgado hablar de motivos cuando carecemos de la versión de los acontecimientos de la propia emperatriz. Ahora sólo quiero destacar someramente cómo atemperó las fuerzas militares que dominaban naturalmente un imperio fundado en la conquista. Fue mucho más implacable que Gaozu, quien en varias ocasiones se mostró renuente a castigar a sus seguidores aun cuando amenazaran a la dinastía. La emperatriz eliminó a Han Xin sin que hubiera una confrontación que llevara a la ruptura y, cuando Peng Yue, uno de los camaradas más antiguos de Gaozu, urdió una rebelión y el emperador no pudo soportar que lo castigaran, la emperatriz lo hizo exterminar junto con su familia. Cuando Gaozu estaba agonizando, la emperatriz le confió a su doncella favorita la razón de por qué desconfiaba tanto de esos hombres:⁹

Los otros dirigentes, al igual que el propio emperador, ascendieron de la gente común. De momento se reconocen súbditos suyos, pero en su corazón fomentan un constante descontento. Ahora se les pedirá que sirvan a un joven amo y me temo que, si ellos y sus familias no son completamente exterminados, no habrá paz en el mundo.

Gaozu había sentado un peligroso precedente cuando demostró que cualquier persona con habilidad podía llegar a emperador. En una ocasión, cuando le preguntó a uno de sus camaradas por qué se había rebelado, la respuesta fue: "Quería ser emperador; eso es todo".¹⁰

Pero la emperatriz Lü tuvo la suficiente astucia para darse cuenta de que, aunque peligrosos para la nueva dinastía, no había que eliminar a todos estos guerreros; ellos constituían el consejo de ancianos al que se recurriría para que aconsejara y formulara políticas, y eran el único grupo con fuerza suficiente para ejercer vigilancia sobre los funcionarios quienes tenían

⁹ Watson, vol. I, p. 116.

¹⁰ Véase Watson, vol. I, p. 206.

poco apego a la clase dirigente y a los inquietos hijos de Gaozu, a los que se les había concedido tierras y títulos.¹¹ La acusación de que la emperatriz Lü trató de colocar a sus propios hermanos mayores en los cargos superiores como baluarte frente a estas mismas fuerzas es cierta, pero ella era un político consumado y cuidaba mucho que los favores que concedía a su clan estuvieran compensados con gestos favorables hacia la familia de su marido y sus seguidores. Por ejemplo, antes de conceder territorios a sus hermanos, ordenó a uno de los compañeros más leales de Gaozu que especificara los rangos que el emperador había concedido y después los inscribió en su templo mortuario. Antes de conceder títulos a miembros de su familia, recompensó con títulos póstumos a los parientes cercanos del difunto emperador.

Pero no toda su energía estuvo dedicada a insertar a sus parientes varones en altos cargos y muchas de sus políticas estuvieron al servicio del Estado y la comunidad. Durante su reinado continuó la construcción de edificios públicos; se terminaron los muros de la ciudad capital, se instauró un impuesto sobre la tierra, se exigió un impuesto individual a las mujeres solteras entre los quince y cincuenta años de edad en un intento por alentar el crecimiento de la población y se tomaron medidas para establecer vínculos con los productores agrícolas y mitigar así la escasez de alimentos.¹² La emperatriz Lü fue quien abrogó los castigos más rigurosos que se habían conservado de la dinastía anterior y acabó con la prohibición de Qin de poseer ciertos libros proscritos. No fue plenamente innovadora cuando puso en práctica medidas para demostrar la buena disposi-

¹¹ No todo el imperio fue dividido en reinos y el centro fue erosionando poco a poco el poder de los reyes al insertar en los reinos funcionarios nombrados desde el centro. No denomino feudos a estas donaciones de tierras porque los vínculos que unían a los reyes con el emperador eran de parentesco. En el año 154 a. de C., los reyes de varios de los reinos se asociaron en contra del centro.

¹² Esta información procede del *Anal* dedicado a ella. HFHD, 1. Puso también en práctica un sistema de rangos, lo que considera Nishijima Sadao como una importante medida que vinculó a las personas que los recibían en una relación directa y recíproca con los gobernantes, la cual facilitaba la cooperación entre la minoría dirigente y las élites locales. En *Chugoku kodai teihoku no keisei to kozo* (La formación y organización del imperio chino), Tokyo daigaku shuppan-kai, Tokio, 1961.

ción de la casa gobernante. Las historias cuentan cómo Gaozu, un buen ejemplo del dirigente radical, antitradicional y carismático que Weber describe como el que surge en épocas extraordinarias, finalmente rechazó el desprecio del líder carismático por los cálculos mundanos de la vida cotidiana. En el *Shiji* podemos constatar cómo Gaozu, bajo la paciente tutela de sus consejeros, de derrochador quijotesco acabó convirtiéndose en un cuidadoso distribuidor de bienes y beneficios.¹³ Pero fue su emperatriz quien institucionalizó esta política y de un modo tan eficaz que Sima Qian afirma, en su elogio al final del anal dedicado a ella, que aunque era "una mujer que actuaba como emperador, en su reino hubo paz y prosperidad". Cumplió la obligación única y más importante de un buen gobernante cuando se valió de su autoridad y de los recursos a su cargo para beneficiar a la comunidad.

Pero, ¿fue la emperatriz Lü una mujer gobernante, la verdadera jefa del estado, que asumió el cargo debido a sus capacidades y reputación? He sugerido que como el rango de emperador no estaba todavía bien definido en el primer periodo Han y la idoneidad se valoraba más que el origen, existía amplitud para que una mujer pudiera ejercer un gran poder. Pero la emperatriz Lü no gobernó sin contención. Nunca emitió abiertamente decretos, prerrogativa del emperador, hasta que, por ejemplo, Huidi murió. Y aunque podemos deducir por una serie de situaciones que su hijo era débil de carácter, hubo al menos una vez en la que su voluntad prevaleció sobre la de la emperatriz: cuando arrestó y amenazó con ejecutar a su camarada y consejero Shen Yijin. La emperatriz Lü fue incapaz de salvar a su favorito y Shen se salvó por sus propios medios maquinando un plan mediante el que chantajeaba al amante varón del emperador. Por último, hubo una acción importante

¹³ En otra ocasión he mantenido que la insolencia de Gaozu y su menosprecio por el *li*, los ritos y ceremonias de los nobles, y su descarada desatención de las obligaciones de parentesco, debido a que, como constata Sima Qian, "su mente estaba ocupada en cosas superiores", son cualidades que Weber atribuye al dirigente carismático. Como Gaozu no pertenecía a la clase noble, le enseñaron los modos de gobernar consejeros que combinaron nociones de cómo construir un orden político con ideas populares sobre un buen gobernante.

que sólo el emperador pudo desempeñar: establecer un culto estatal en honor del espíritu de su padre. ¿Participó la emperatriz Lü en este culto? En el *Shiji* hay una referencia pasajera a un sacrificio que ofreció la emperatriz después de un eclipse total de sol del que, según el historiador, se consideraba culpable, pero no disponemos de pruebas que confirmen que algún gobernante Han se interesara activa y consistentemente ni siquiera en los sacrificios estatales de mayor importancia, los cuales seguían estando a cargo de los funcionarios religiosos hasta la época del sexto gobernante Han, Wudi. Así pues, en el primer periodo Han, el papel de jefe de sacrificios no era necesariamente privilegio único del emperador, como tampoco era necesario que una sola persona desempeñara todas las funciones del imperio.

Se ha descrito al emperador chino como la quintaesencia del déspota oriental al que se le conferían deberes y privilegios únicos y de todo orden: comandante en jefe, ritualista teocrático, legislador, ejemplo ético y cabeza de la administración.¹⁴ Pero

¹⁴ John Fairbank, en una ponencia inédita, "Proleptica Prologmena on the Emperor of China, etc.", Laconia, N.H., Conferencia sobre el poder político en la China tradicional, 1959, p. 6, describió al emperador chino del siglo XVIII como "conquistador y patriarca, ritualista teocrático, ejemplo ético, legislador y juez, comandante en jefe, patrocinador de las artes y las letras, y administrador perpetuo del imperio". Maspero en *China in Antiquity*, p. 86 (en la traducción de Frank Kierman, Amherst, 1978), escribió en referencia al rey chino del primer periodo que éste era mucho más que el jefe del estado, "amo absoluto de su pueblo, soberano y supremo señor de su pueblo y de los bárbaros". En mi tesis doctoral "Chinese Despotism Reconsidered: Monarchy and Its Critics in the Early Empire", sostengo que, en el primer periodo Han, se estaba dando forma al oficio de emperador a medida que cada gobernante agregaba una nueva dimensión a su gobierno.

Véase el anal de Han Wen-ti en HFHD. La descripción de los debates sobre el sucesor de Zhaodi en la traducción de Watson *Courtier and Commoner in Ancient China*, Nueva York, 1974, pp. 128-132. Cuando el primer emperador de Qin quiso poner en el trono a un hijo menor, éste protestó: "Quitar a un hermano mayor y poner a otro menor es contrario a lo correcto". Véase Dick Bode, *China's First Unifier*, Leiden, E. J. Brill, 1938, p. 27. Pero el emperador de Qin pasó por encima de su primogénito y, en la rebelión en contra de Qin, se declaró en varias ocasiones que los rebeldes no se oponían a la dinastía sino al ilegítimo hijo menor. Las deliberaciones de Wendi acerca de la elección del heredero muestran cómo los caprichos del gobernante... aun cuando estuvieran respaldados en la tradición, podían contrariar a los funcionarios preocupados por los intereses dinásticos. Wendi declaró que el nombre de un gobernante sabio, Shun, quería que lo ocupara un hombre valioso, pero sus

en el periodo Han, como ya he mostrado someramente, las funciones de gobierno no estaban concentradas en un solo individuo. La emperatriz Lü vivió en una época que exigía un dirigente políticamente astuto e inflexible que pudiera merecer el respeto de los guerreros, quienes inevitablemente seguían estando involucrados en los asuntos de estado. El emperador Hui, pese a tener únicamente dieciséis años cuando murió su padre, era, de común acuerdo, inepto para el desempeño de la función administrativa, pero era de crucial importancia que un heredero Liu legítimo sirviera como un centro de lealtad a la dinastía. La solución al problema consistió en dividir las funciones de gobierno: la emperatriz de Gaozu, con capacidad y méritos suficientes, asumió las cargas de la jefatura de Estado y el emperador Hui, amado por su mansedumbre y rectitud, permaneció como dirigente nominal y testaferro ritual.

Pero, en última instancia, la posición y la autoridad de la emperatriz Lü dependían de su hijo. La crisis de sucesión provocada por los caprichos de Gaozu, ya en su mediana edad, hacia su concubina Qi amenazaron al nuevo Estado y estuvie-

funcionarios, horrorizados, acabaron persuadiéndole de que nombrara a su hijo. Véase HFHD, vol. I, pp. 233-236. Véase Sarah Alien, *The Heir and the Sage*, Chinese Materials Center, San Francisco, 1981, para un análisis de los diferentes mitos acerca de la transmisión del poder.

Los trabajos de categoría secundaria que se han escrito en Occidente difieren en sus opiniones sobre la necesidad de un regente. Yang Lien-sheng describió a Lü voraz de poder ya que Huidi, a los diecisiete *sui*, tenía demasiada edad para ser regente aunque, como admitió Yang, no había una edad fija para la mayoría en aquella época ("Female Rulers in Ancient China", *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 1960-1961, pp. 47-61). Granet, por otra parte, considera que el deseo de la emperatriz de proteger a su hijo concediendo poder a sus parientes varones era una estrategia natural que se apoyaba en la antigua noción popular de que el papel principal en la custodia pertenecía a los parientes maternos. Era bastante frecuente que existiera una profunda oposición entre las generaciones que aspiraban a la sucesión hasta el punto que un hijo no podía suceder a su padre de inmediato, en opinión de Granet (En *Chinese Civilization*, Meridien Books, Nueva York, 1958, p. 106). Un interregno en el que los parientes de la madre en realidad eran los que gobernaban y actuaban renuenteemente como "heraldos de la dinastía" para que el verdadero heredero neutralizara el conflicto entre padre e hijo y permitiera una transmisión pacífica del poder de una generación a otra. El orden que dio Sima Qian a los anales imperiales podría indicar que tenía en mente esta sucesión, en la que la emperatriz y su familia desempeñaron el papel de guardianes del verdadero heredero, Wendi, quien subió al trono sólo después de que fueran eliminados sus tíos maternos.

ron a punto de acabar con las esperanzas de poder y seguridad que abrigaba la emperatriz Lü para su vejez y, a través de las historias, podemos percibir lo desesperada que estaba cuando pedía opiniones para disuadir al emperador. El riesgo era grande, porque sólo podía obtener el enorme prestigio y los privilegios concedidos a la emperatriz viuda, una vez que su hijo llegara a emperador y la promoviera formalmente a aquella dignidad. La vulnerabilidad de la emperatriz Lü consistía en que su hijo no era el primogénito de Gaozu —tenía un hijo mayor con una concubina— ni su descendiente más querido. Había una fuerte inclinación a favor del hijo mayor de la esposa legal en aquella época, pero la elección dependía en último término del emperador o, en caso de que muriera sin heredero, de la emperatriz viuda o de los más altos funcionarios, quienes designarían al gobernante adecuado. Y en esta elección se estimaba más importante la idoneidad para gobernar que la edad o el rango en el seno del clan dirigente, como sabemos por las deliberaciones que se llevaron a cabo para escoger un gobernante cuando murió la emperatriz Lü en 180. Todos los funcionarios estuvieron de acuerdo en que el candidato más adecuado sería el hijo del primogénito del fundador, tanto por razones genealógicas como de corrección ritual pero, como su madre no era digna de respeto, decidieron en su contra y eligieron al hijo mayor vivo de Gaozu, un hombre generoso y maleable cuya madre, pese a ser concubina, no causaría problemas. No eran únicamente las cualidades personales las que determinaban si el candidato era apto para gobernar, sino también la reputación de la madre.

Esta flexibilidad en la elección del gobernante impidió que monopolizaran el trono monarcas incompetentes, consideración sumamente importante en una época en la que el orden giraba en torno a las cualidades personales del gobernante. Pero el realista político del siglo III, Han Feizi, escribió con gran elocuencia acerca de la inestabilidad y las esperanzas malsanas que generaron las confusas leyes de sucesión:¹⁵

¹⁵ W. K. Liao, *The Complete Works of Han Fei Tzu*, Probsthain, Londres, 1959, vol. I, pp. 146-47.

Si la madre no es querida, el hijo queda descartado. A los hombres de cincuenta años les gustan las mujeres como siempre pero, ya a los treinta años, la belleza de las mujeres suele decaer. Y las mujeres que ya han perdido su belleza... serán menospreciadas y sus hijos dudarán, con razón, de seguir siendo los herederos de sus padres. Por eso reinas, princesas y concubinas desean encarecidamente la muerte de los gobernantes. Porque únicamente cuando la madre se convierte en la reina viuda y el hijo es el gobernante puede aquélla alcanzar el poder para sí.

Y, de hecho, la mayor parte de las mujeres en el imperio fueron notorias para la historia sólo después de que sus maridos estuvieron bien enterrados y sus hijos en el trono. Pero ni siquiera entonces la emperatriz tenía garantizada la dignidad de emperatriz viuda; dependía del hijo, cuando éste tenía la edad suficiente para conceder a su madre el rango de emperatriz viuda, y sé por lo menos de dos casos en los que a la emperatriz madre le preocupaba no ser designada para el cargo. Se registran también algunos casos en los que las emperatrices viudas fueron depuestas cuando el emperador se hartó de su dominio. Las emperatrices viudas que pudieron conservar el afecto de sus hijos y que supieron utilizar su prestigio para formar sus propias facciones, ejercieron una enorme influencia en las cortes de los siglos II y III. Por ejemplo, la emperatriz viuda en el estado de Qin consiguió exhortar a las tropas bajo su propio sello y, aunque su hijo la desterró por hacerlo, le dijeron que perdiera toda esperanza de forjar alianzas con los demás estados si no ordenaba que su madre regresara a Qin, porque sería objeto de desprecio si no cumplía con sus deberes filiales. En la época Han hubo emperatrices madres que aconsejaban a sus hijos en asuntos de leyes, rituales y de educación de los hijos y, en un caso importante, fue una viuda, de sólo catorce años entonces, quien se encargó de deponer a un gobernante por desobediencia ritual y presidió después la elección de su sucesor.¹⁶ Algunos historiadores han denunciado los horrores

¹⁶ Véase el excelente análisis de Margaret Wolf sobre los lazos existentes entre las mujeres chinas y sus hijos en "Child Training and the Chinese Family", en Arthur Wolf (ed.), *Studies in Chinese Society*, Stanford U. Press, 1978, pp. 221-246.

que tuvieron lugar en el último periodo de la corte Han a medida que las mujeres competían implacablemente por asegurarse un lugar para ellas y sus hijos. Pero esas mujeres aportaron también un elemento de estabilidad y continuidad que permitió que se transmitiera el poder de un varón miembro del clan dirigente a otro sin que peligrara la dinastía.

La emperatriz Lü ganó poder no a través de intrigas de corte sino en virtud de sus contactos personales, su experiencia y capacidad y porque vivió en un periodo de transición. Pero fue sólo después de la muerte de Gaozu, y mientras su hijo estaba aun vivo, que pudo involucrarse en los asuntos de gobierno sin que se cuestionara su autoridad. Después de que el emperador Hui muriera sin herederos, ella ocasionó la muerte de tres de los hijos de Gaozu y nombró como emperador al hijo de una concubina a la que hizo asesinar. Pero cuentan las crónicas que, cuando el niño creció lo suficiente como para hablar, se quejó de que la reina viuda había matado a su madre y amenazó con gobernar a su gusto cuando creciera. La emperatriz viuda lo hizo encarcelar y murió. La emperatriz Lü y cualquier mujer china, independientemente de sus capacidades y rango, sólo tenían garantizados el poder y la seguridad económica en la vejez si podían manipular y dominar las obligaciones y emociones filiales de sus hijos y nietos. Y, pese a la importancia que los historiadores Han le han atribuido, fue como emperatriz viuda y no como emperatriz que ella gozó de autoridad para hacer pleno uso de sus considerables habilidades. No usurpó la autoridad sino que aprovechó bien las oportunidades que se le brindaron. Y tenemos muy pocas pruebas de que en su época su gobierno fuera considerado ilegítimo. Estudios de la frecuencia con que tuvieron lugar portentos en el primer periodo Han demuestran que este medio de criticar al gobernante —a quien se atribuía la responsabilidad de graves alteraciones en el mundo de la naturaleza— se esgrimió relativamente poco en contra de la emperatriz Lü. Y, en su opinión final, Sima Qian prodiga a la emperatriz Lü los mayores elogios que se pueda brindar a un gobernante chino: fue una época en la que la paz y el bienestar florecieron naturalmente sin que hubiera instituciones y leyes estrictas:

Durante el reinado del emperador Hui y la emperatriz Lü, la gente común logró dejar atrás las penalidades de la época de los Estados Combatientes, y tanto el gobernante como los súbditos practicaron el arte de la no interferencia... y el mundo estuvo en paz. Los castigos no fueron frecuentes y los malhechores escasos, en tanto que el pueblo se dedicaba a las tareas del cultivo de la tierra y abundaban alimento y vestido.

Traducción del inglés:

ISABEL VERICAT